

## **La mediación materna de María, paradigma de la mediación materna de la Iglesia misionera (en el Magisterio conciliar y postconciliar)**

Juan Esquerda Bifet  
*Pontificia Universidad Urbaniiana, Roma*

### PRESENTACIÓN

La dimensión “materna” de la “mediación” mariana es la mejor perspectiva para comprender con más autenticidad la realidad de María como “asociada” a su Hijo en la historia de salvación. Su “mediación” consiste en ser una creatura (a modo de instrumento fiel) en manos de su Creador y Redentor. Es medianera por ser Madre de Dios y madre nuestra. En ella se hace más patente la peculiaridad irrepetible de la mediación de Cristo, Dios y hombre, único Salvador.

En la “mediación materna” de María podemos comprender mejor la «única medición de Cristo» (LG 60), que se prolonga en la Iglesia, la cual es también madre y medianera por ser instrumento de evangelización.

«La madre de Jesús», según la expresión bíblica (cf. Hech 1,14), aparece en toda su realidad de “madre”, que se prolonga en toda la Iglesia, por el hecho de recibir como hijo al “discípulo amado”. En María, su “maternidad” es como instrumento en manos del único Salvador de toda la humanidad. Es “medición” como expresión de su maternidad, convirtiéndose en prototipo y paradigma de la Iglesia instrumento materno de salvación.

El magisterio actual, a partir del concilio Vaticano II, ha ido exponiendo esta realidad mariana que es también realidad eclesial. La Iglesia «aprende de María la propia maternidad» (*Redemptoris Mater* 43), y, por tanto, su propia razón de ser de mediación materna en toda su derivación evange-

lizadora. Pero en la Iglesia, por su misma naturaleza, esta mediación es “sacramental”, a modo de signos portadores de la salvación obrada por Cristo el único Salvador.

La novedad, podríamos decir, del magisterio actual sobre este tema, es que, inspirándose en la mediación materna de María, señala la mediación materna de la Iglesia, subrayando su compromiso evangelizador actualizado en las coordenadas de lugar y de tiempo como nuevas exigencias y oportunidades de evangelización.

La insistencia en la “maternidad” o “mediación materna” respecto a la Iglesia, es una llamada acuciante a responder a los desafíos actuales en un momento crucial de la historia, que puede ser calificado de cambio de época y, consiguientemente, de cambio cultural. El cambio que debe realizar la Iglesia, a modo de “conversión” permanente, es en armonía con su realidad instituida por el Señor que nunca cambia en lo esencial.

Tal vez la profundización en este tema podría ser la ocasión para insertar mejor la mariología como parte no sólo integrante sino esencial de la teología. La referencia esencial de María a Cristo, se hace consecuentemente referencia esencial al misterio de la Iglesia y, por tanto, a la misma misión de la Iglesia que se muestra como mediación materna. Tal vez la falta de propuestas pastorales y misioneras en la actualidad, deriva de no haber presentado la eclesiología en su dimensión esencialmente materna a imitación de la mediación materna de María. Y, al mismo tiempo, por no haber presentado la mariología en su perspectiva más eclesiológica (que es siempre cristológica y pneumatológica).

En esta perspectiva se podría entender mejor la llamada del Papa Francisco a la “conversión pastoral”: «Deseo que todas las comunidades procuren poner los medios necesarios para avanzar en el camino de una *conversión pastoral y misionera*, que no puede dejar las cosas como están» (*Evangelii Gaudium*, n. 25).

Si la Iglesia, en el concilio Vaticano II, se presenta como «sacramento universal de salvación» (LG 48), es siempre en relación con el anuncio y comunicación del Misterio de Cristo, muerto y resucitado, que debe ser anunciado y comunicado a toda la humanidad y en cada momento histórico y cultural: «La Iglesia, enviada por Dios a las gentes para ser «el sacramento universal de la salvación», obedeciendo el mandato de su Fundador (cf. Mc 16,15), por exigencias íntimas de su misma catolicidad, se esfuerza en anunciar el Evangelio a todos los hombres» (AG 1).

La naturaleza materna y misionera de la Iglesia encuentra en María su paradigma, con vistas a llegar a ser hoy “instrumento” de salvación.

El hecho “pentecostal” se actualiza en todos los momentos históricos de la Iglesia, porque «fue en Pentecostés cuando empezaron «los hechos de los Apóstoles», como había sido concebido Cristo al venir al Espíritu Santo sobre la Virgen María, y Cristo había sido impulsado a la obra de su ministerio, bajando el mismo Espíritu Santo sobre El mientras oraba» (AG 4).

Quiero recordar aquí las últimas palabras de Benedicto XVI como Papa, al despedirse del colegio cardenalicio. Nos dan la pauta para relacionar lo que cambia y lo que permanece. Citando a Guardini y con el trasfondo de la enseñanza del Papa San León Magno, dijo:

«La Iglesia «no es una institución inventada y construida en teoría... sino una realidad viva... Vive a lo largo del tiempo, en devenir, como todo ser vivo, transformándose... Sin embargo su naturaleza sigue siendo siempre la misma, y su corazón es Cristo... La Iglesia se despierta en las almas» (*hasta aquí, cita de Guardini*)... (*prosigue Benedicto XVI, con trasfondo de León Magno*) La Iglesia vive, crece y se despierta en las almas, que –como la Virgen María– acogen la Palabra de Dios y la conciben por obra del Espíritu Santo; ofrecen a Dios la propia carne y, precisamente en su pobreza y humildad, se hacen capaces de generar a Cristo hoy en el mundo. A través de la Iglesia, el Misterio de la Encarnación permanece presente para siempre. Cristo sigue caminando a través de los tiempos y de todos los lugares»<sup>1</sup>.

Los cambios de la Iglesia tienen, pues, esta dimensión de actualización de su maternidad ministerial según las diversas épocas y circunstancias.

Este enfoque eclesial y evangelizador de la mediación materna de María es el que aflora en los contenidos de los documentos conciliares (especialmente *Lumen Gentium, Ad Gentes*) y de los documentos magisteriales inmediatamente posteriores (especialmente *Evangelii Nuntiandi, Redemptoris Mater, Redemptoris Missio*). A estos documentos (que tienen una profunda base bíblica y patristica) aluden con cierta frecuencia Papa Benedicto XVI (*Deus Caritas est*, etc.) y Papa Francisco (*Evangelii Gaudium* etc.).

<sup>1</sup> BENEDICTO XVI, *Palabras de despedida ... a los cardenales presentes en Roma*, 28 febrero 2013. Tránsito de San León Magno: «Gracias al mismo Espíritu por cuya virtud Cristo fue concebido y nació, hemos nacido de nuevo de un origen espiritual» (San León Magno, Carta 31,4; PL 34, 793). «Para todo hombre que renace, el agua del bautismo se identifica con el seno de la Virgen, porque es el mismo Espíritu Santo quien llena la fuente del bautismo, así como fecundó el seno de la Virgen» (León Magno, Homilía 24, sobre la Navidad del Señor: PL 54, 206 A). «El Espíritu, por el que del cuerpo de su madre inviolada nació Cristo, es también el mismo por el que de las entrañas de la santa Iglesia renace el cristiano» (León Magno, Homilía 29, sobre la Natividad del Señor, PL 54, 228 C).

Es lo que intentamos analizar en los capítulos del presente estudio, inspirándonos en la mediación materna de María y de la Iglesia (profundamente relacionadas), para suscitar la “conversión pastoral” o evangelizadora que ha de realizar la Iglesia en cada época histórica, especialmente en la nuestra<sup>2</sup>.

## 1. LA “MEDIACIÓN MATERNA” DE MARÍA EN RELACIÓN CON LA “MEDIACIÓN MATERNA” DE LA IGLESIA

Explicar la “mediación” mariana como “mediación materna” equivale a explicar la misma maternidad de María en su actuación concreta eclesial. Es maternidad que tiene como objetivo al mismo Cristo, su Hijo, y a la Iglesia como prolongación (“complemento”) y Cuerpo místico de Cristo.

Los estudios sobre este tema, especialmente a partir del concilio Vaticano II y de la encíclica mariana *Redemptoris Mater*, han resaltado que el título de medianera dice relación estrecha a su hijo, Cristo Mediador, como participación, subordinación y también manifestación de toda la realidad de la mediación de Cristo. Es, pues, mediación estrechamente unida a su maternidad. La mediación mariana, precisamente por ser materna, pone de relieve la realidad insustituible de la mediación de Cristo.

Respecto al carácter maternal del título de “medianera”, se ha indicado como fuente la realidad de ser Madre de Cristo Mediador, que confiere a María un ejercicio especial de su maternidad en la Iglesia, como presencia (activa y materna), como amor materno, como intercesión y como instrumento de la nueva vida en el Espíritu. Y todo ello como cumplimiento del encargo recibido de su hijo en la cruz<sup>3</sup>.

Se podría resumir esta dimensión materna de la mediación, con estas palabras de la encíclica *Redemptoris Mater* de Juan Pablo II: «La mediación de María está íntimamente unida a su maternidad y posee un carácter específicamente materno que la distingue del de las demás criaturas que, de un

<sup>2</sup> Documentos principales postconciliares en que me baso: *Marialis cultus*, *Evangelii Nuntiandi*, *Redemptoris Mater*, *Redemptoris Missio*, *Ecclesia de Eucharistia*, *Deus Caritas est*, *Spe Salvi*, *Sacramentum Caritatis*, *Verbum Domini*, *Lumen Fidei*, *Evangelii Gaudium*, *Misericordiae Vultus*, *Familiaris Laetitia*, *Laudato Si*. Estos documentos los citamos con ese título y no en siglas. En cambio, los documentos conciliares los citamos ordinariamente con las siglas ya conocidas (LG, AG, etc.).

<sup>3</sup> Resumí estos contenidos (con la bibliografía del momento) en: «La mediación materna de María, aspectos específicos de la encíclica *Redemptoris Mater*», *Ephemerides Mariologicae* 39 (1989) 237-254. Ver síntesis del significado de la mediación materna en pp.249-250. Ver en notas posteriores otros estudios a partir de *Redemptoris Mater*.

modo diverso y siempre subordinado, participan de la única mediación de Cristo, siendo también la suya una mediación participada» (n. 38).

Propiamente, ya en la *Lumen Gentium* se había recalcado la maternidad mariana como «misión maternal» (LG 60) en relación con su mediación, porque «con su amor materno cuida de los hermanos de su Hijo... Por eso, la Bienaventurada Virgen en la Iglesia es invocada con los títulos de Abogada, Auxiliadora, Socorro, *Mediadora*» (LG 62)<sup>4</sup>.

El acento de mi estudio no recae en la “mediación materna” de María o de la Iglesia por separado, sino en la interrelación de ambas, con derivación misionera. Cuando la Iglesia profundiza en la “mediación materna” de María, no solamente encuentra expresiones teológicas más adecuadas sobre la mediación, sino que la misma Iglesia percibe con más precisión su propia identidad de madre “ministerial”, como «sacramento universal de salvación» (LG 48; AG 1). Se trata, pues, de la misión medianera y materna de la Iglesia.

Es importante notar el acento con que Juan Pablo II insiste, cuando habla de la “presencia” activa y materna de María en la Iglesia: «En la Iglesia sigue siendo una presencia materna» (*Redemptoris Mater*, 24; cf. nn. 1, 28, 48, 52). Así se comprende mejor que «la maternidad de su madre encuentra una «nueva» continuación en la Iglesia y a través de la Iglesia» (*ibid.*, n. 24).

La “mediación materna” de María es la concretización de su maternidad insertada en la realidad de la Iglesia: «Su *maternidad* permanece en la Iglesia como *mediación* materna; intercediendo por todos sus hijos, la madre coopera en la acción salvífica del Hijo, Redentor del mundo» (*ibid.*, n. 40).

Precisamente esta dimensión materna de la mediación mariana, es la que experimenta la Iglesia y la enseña a los creyentes, con vistas a participar «con mayor intimidad» de la mediación de Cristo: «La Iglesia... esta función subordinada de María, la experimenta continuamente y la recomienda a la piedad de los fieles, para que, apoyados en esta protección maternal, se unan con mayor intimidad al Mediador y Salvador» (LG 62).

La maternidad de María, por ser «maternidad en el Espíritu», se concretiza y propiamente se realiza por medio de la Iglesia: «María acoge, con su nueva maternidad en el Espíritu, a todos y a cada uno en la Iglesia, acoge también a todos y a cada uno por medio de la Iglesia. En este sentido María, Madre de la Iglesia, es también su modelo» (*Redemptoris Mater*, n. 47). Esta

<sup>4</sup> Sobre la medicación mariana en el concilio, ver D. BERTETTO, «La mediazione di Maria nel Magistero del Vaticano II», *Euntes Docete* 40 (1987) 597-620; O. DOMÍNGUEZ, «La mediación mariana según el concilio Vaticano II», *Estudios Marianos* 28 (1966) 211-252; A. LUÍS, «La mediación universal de María en el cap. VIII de la *Lumen Gentium*», *Estudios Marianos* 30 (1968) 131-184.

maternidad mariana, en relación con la Iglesia, constituye su misma mediación, la cual puede llamarse con precisión «mediación materna»<sup>5</sup>.

En realidad, la Iglesia en su devenir histórico, actualiza, bajo la acción de la gracia divina, el hecho del Cenáculo esperando con ella la venida del Espíritu Santo: «Vemos a los Apóstoles antes del día de Pentecostés «perseverar unánimemente en la oración con las mujeres, y María la Madre de Jesús y los hermanos de Este» (Hech 1,14); y a María implorando con sus ruegos el don del Espíritu Santo, quien ya la había cubierto con su sombra en la Anunciación» (LG 59)<sup>6</sup>.

María, desde el inicio de la Iglesia, es como su personificación (“Tipo”) respecto a la realidad materna y mediadora: «En el misterio de la Iglesia, que con razón es llamada también madre y virgen, precedió la Santísima Virgen, presentándose de forma eminente y singular como modelo tanto de la virgen como de la madre» (LG 63).

Esta relación de la maternidad de María con la de la Iglesia es una fuerte invitación a que la Iglesia se siente interpelada para prolongar la solicitud materna de María, porque por el hecho de reconocer «la misión de María en el misterio de la Iglesia y el puesto eminente que ocupa en la Comunión de los Santos», se llega a «percibir finalmente de modo más evidente que la acción de la Iglesia en el mundo es como una prolongación de la solicitud de María» (*Marialis cultus* n. 28)<sup>7</sup>.

<sup>5</sup> Además de los estudios citados en las notas anteriores, ver E. LLAMAS, «La “Mediación materna” de María en la encíclica *Redemptoris Mater*», en *La Redemptoris Mater de Juan Pablo II, análisis y perspectivas. Estudios Marianos* 61 (1995) 149-180; S. MEO, *La «Mediazione materna» di Maria nell'Enciclica «Redemptoris Mater»*, en: *Redemptoris Mater, contenuti e prospettive dottrinali e pastorali, Atti del convegno di studio...* (Roma, Pont. Accademia Internazionale 1988) 131-157.

<sup>6</sup> Propiamente se actualiza la maternidad de María, como afirma la encíclica *Deus Caritas est* de Benedicto XVI: «La palabra del Crucificado al discípulo –a Juan y, por medio de él, a todos los discípulos de Jesús–: “Ahí tienes a tu madre” (Jn 19, 27) se hace de nuevo verdadera en cada generación. María se ha convertido efectivamente en Madre de todos los creyentes» (n. 42). La Iglesia experimenta la maternidad de María concretada en su mediación, a la cual acude en su oración: «A su bondad materna, así como a su pureza y belleza virginal, se dirigen los hombres de todos los tiempos y de todas las partes del mundo en sus necesidades y esperanzas, en sus alegrías y contratiempos, en su soledad y en su convivencia. Y siempre experimentan el don de su bondad; experimentan el amor inagotable que derrama desde lo más profundo de su corazón» (íbidem).

<sup>7</sup> La exhortación apostólica *Marialis Cultus* afirma que María y la Iglesia «concurren a engendrar el Cuerpo místico de Cristo» (n. 28). Se trata propiamente de una sola maternidad en dos aspectos: «Una y otra son Madre de Cristo; pero ninguna de ellas engendra todo (el cuerpo) sin la otra» (Isaac de Stella, Sermón LI, *In Assumptione B. Mariae*: Pl 194, 1863). De María y de la Iglesia se puede decir que “nacemos de su parto, nos alimentamos con leche

Esta relación estrecha entre la maternidad y mediación de María y de la Iglesia, indican una continuidad en la historia salvífica: «Esta maternidad de María en la economía de la gracia perdura sin cesar desde el momento del asentimiento que prestó fielmente en la Anunciación, y que mantuvo sin vacilar al pie de la cruz, hasta la consumación perpetua de todos los elegidos» (LG 62).

La Iglesia, al recordar sus inicios pentecostales, no puede menos de sentirse interpelada por la correspondencia de María respecto al misterio de la Encarnación y de la Redención de Cristo: «Por consiguiente, en la economía de la gracia, actuada bajo la acción del Espíritu Santo, se da una particular correspondencia entre el momento de la encarnación del Verbo y el del nacimiento de la Iglesia. La persona que une estos dos momentos es María: María en Nazaret y María en el cenáculo de Jerusalén» (*Redemptoris Mater*, n. 24). Por esto, la maternidad de María «permanece en la Iglesia como mediación materna» (*ibid.*, n. 40) indicando una realidad de gracia que es simultáneamente mariana y eclesial.

La mediación materna de María se puede estudiar mejor al constatar cómo los creyentes en Cristo han vivido esta mediación: «Los fieles, por su parte, encomiendan a María, Madre de la Iglesia, su vida y su trabajo. Esforzándose por tener los mismos sentimientos de María, ayudan a toda la comunidad a vivir como ofrenda viva, agradable al Padre» (*Sacramentum Caritatis*, n. 96)<sup>8</sup>.

De hecho, al acudir a María como Madre, los creyentes muestran una actitud de confianza en su mediación: «Por eso tú permaneces con los discípulos como madre suya, como Madre de la esperanza. Santa María, Madre de Dios, Madre nuestra, enséñanos a creer, esperar y amar contigo. Indícanos el camino hacia su reino. Estrella del mar, brilla sobre nosotros y guíanos en nuestro camino» (*Spe Salvi*, n. 50)<sup>9</sup>.

---

suya y somos vivificados por su Espíritu» (S. CIPRIANO, *De catholicae Ecclesiae unitate*, 5: CSEL 3, p. 214; citado en *Marialis Cultus* n. 28).

<sup>8</sup> La actitud eclesial de acudir a María no es solo devocional, sino que tiene sentido litúrgico (eucarístico y escatológico): «Ella es la Tota pulcra, Toda hermosa, ya que en Ella brilla el resplandor de la gloria de Dios. La belleza de la liturgia celestial, que debe reflejarse también en nuestras asambleas, tiene un fiel espejo en Ella. De Ella hemos de aprender a convertirnos en personas eucarísticas y eclesiales para poder presentarnos también nosotros, según la expresión de san Pablo, “inmaculados” ante el Señor, tal como Él nos ha querido desde el principio (cf. Col 1,21; Ef 1,4)» (*Sacramentum Caritatis*, n. 96).

<sup>9</sup> Se pide su intercesión con confianza filial: «¡Madre, ayuda nuestra fe! Abre nuestro oído a la Palabra, para que reconozcamos la voz de Dios y su llamada. Aviva en nosotros el deseo de seguir sus pasos, saliendo de nuestra tierra y confiando en su promesa. Ayúdanos a dejarnos tocar por su amor, para que podamos tocarlo en la fe. Ayúdanos a fiarnos

Es mediación materna que se realiza con una presencia activa, acompañando a Cristo y a su Iglesia: «Por otra parte, la verdadera maternidad de María ha asegurado para el Hijo de Dios una verdadera historia humana, una verdadera carne, en la que morirá en la cruz y resucitará de los muertos. María lo acompañará hasta la cruz (cf. Jn 19,25), desde donde su maternidad se extenderá a todos los discípulos de su Hijo (cf. Jn 19,26-27). También estará presente en el Cenáculo, después de la resurrección y de la ascensión, para implorar el don del Espíritu con los apóstoles (cf. Hech 1,14)» (*Lumen Fidei*, n. 59)<sup>10</sup>.

Como síntesis de la relación entre la “mediación materna” de María y la mediación ministerial y materna de la Iglesia, podríamos decir que se trata de una realidad de gracia que se convierte para la Iglesia en Tipo y modelo, y que la Iglesia la experimenta como presencia activa y materna. Los momentos evangélicos de Caná, Calvario y Cenáculo antes de Pentecostés, se actualizan en el caminar histórico eclesial, donde María ejerce de modo especial su mediación materna.

## 2. LA “MEDIACIÓN MATERNA” DE LA IGLESIA EN SU FUNCIÓN EVANGELIZADORA

La mediación materna de María, precisamente por su íntima relación con Cristo, está también en relación de continuidad en la Iglesia: «La maternidad de su madre encuentra una «nueva» continuación en la Iglesia y a través de la Iglesia» (*Redemptoris Mater*, 24).

La Iglesia actualiza la maternidad y, por tanto, la mediación materna de María. «Esta madre santa digna de veneración, la Iglesia, es igual a María: ella da a luz y es virgen, de ella habéis nacido, ella engendra a Cristo porque vosotros sois los miembros de Cristo»<sup>11</sup>.

La realidad mariana se refleja en la naturaleza de la Iglesia misionera, que es también de mediación materna hacia todos los redimidos. La misión

---

plenamente de él, a creer en su amor, sobre todo en los momentos de tribulación y de cruz, cuando nuestra fe es llamada a crecer y a madurar. Siembra en nuestra fe la alegría del Resucitado» (*Lumen Fidei*, n. 60).

<sup>10</sup> La mediación materna de María ayuda a vivir la participación en la vida trinitaria: «El movimiento de amor entre el Padre y el Hijo en el Espíritu ha recorrido nuestra historia; Cristo nos atrae a sí para salvarnos (cf. Jn 12,32). En el centro de la fe se encuentra la confesión de Jesús, Hijo de Dios, nacido de mujer, que nos introduce, mediante el don del Espíritu santo, en la filiación adoptiva (cf. Gal 4,4-6)» (*Lumen Fidei*, 59, n. ).

<sup>11</sup> SAN AGUSTÍN, Sermón 72A, 8: PL 46, 938 («Mater ista sancta, honorata, Mariae similis, et parit et Virgo est. Ex illa nati estis et Christum parit: nam membra Christi estis»).



de la Iglesia es de “maternidad”. El celo apostólico es como amor de madre. La caridad pastoral, como en Pablo, es a modo de maternidad y está en relación con la Madre de Jesús (cf. Gal 4,4-7). Cuando Jesús en la última cena anuncia las dificultades de la misión apostólica, expresa esta realidad con la comparación de una madre que da a luz (cf. Jn 16,21-23).

La mediación materna de la Iglesia está llamada a expresar el mismo afecto materno de María y se inspira en ella: «Por esto también la Iglesia, en su labor apostólica, se fija con razón en aquella que engendró a Cristo, concebido del Espíritu Santo y nacido de la Virgen, para que también nazca y crezca por medio de la Iglesia en las almas de los fieles» (LG 65).

En esta perspectiva mariana y eclesial es donde aparece mejor la relación entre mediación, maternidad y misión. Si a la Iglesia se la califica de “sacramento”, es para indicar que su razón de ser consiste en ser «instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano» (LG 1). En este sentido es «sacramento universal de salvación» (LG 48; AG 1).

La Iglesia aprende de María su propia realidad de mediación misionera que es “sacramental”: «La Iglesia aprende también de María la propia maternidad; reconoce la dimensión materna de su vocación, unida esencialmente a su naturaleza sacramental.... Si la Iglesia es signo e instrumento de la unión íntima con Dios, lo es por su maternidad, porque, vivificada por el Espíritu, “engendra” hijos e hijas de la familia humana a una vida nueva en Cristo. Porque, al igual que María está al servicio del misterio de la encarnación, así la Iglesia permanece al servicio del misterio de la adopción como hijos por medio de la gracia» (*Redemptoris Mater*, n. 43).

El modelo mariano indica, pues, la realidad y el modo de ejercer la maternidad y mediación eclesial, como fecundidad espiritual y misionera, porque María «ha sido constituida por Dios como «tipo» y «ejemplar» de la fecundidad de la Virgen-Iglesia, la cual se convierte ella misma en madre... Justamente los antiguos Padres enseñaron que la Iglesia prolonga en el sacramento del bautismo la Maternidad virginal de María» (*Marialis Cultus*, n. 19)<sup>12</sup>.

<sup>12</sup> *Marialis Cultus*, n. 19 cita *Lumen Gentium*, n. 64 y SAN LEÓN MAGNO: «El origen que (Cristo) tomó en el seno de la Virgen, lo ha puesto en la fuente bautismal: ha dado al agua lo que dio a la Madre; en efecto, la virtud del Altísimo y la sombra del Espíritu Santo (cf. Lc. 1, 35), que hizo que María diese a luz al Salvador, hace también que el agua regenere al creyente» (*Tractatus XXV, In Nativitate Domini*, 5: CCL 138, p.123). Cita también un texto de la liturgia hispánica: “Ella (María) llevó la Vida en su seno, ésta (la Iglesia) en el bautismo. En los miembros de aquélla se plasmó Cristo, en las aguas bautismales el regenerado se reviste de Cristo” (M. Ferotin, *Le «Liber Mozarabicus Sacramentorum»*, col. 56).

María en Nazaret (Anunciación) y en el Cenáculo, es “Tipo” de una Iglesia que recibe el Espíritu Santo para ser ella misma misionera y madre: «En ambos casos (Nazaret y Cenáculo) su presencia discreta, pero esencial, indica el camino del “nacimiento del Espíritu”. Así la que está presente en el misterio de Cristo como Madre, se hace por voluntad del Hijo y por obra del Espíritu Santo, presente en el misterio de la Iglesia. También en la Iglesia sigue siendo una presencia materna, como indican las palabras pronunciadas en la Cruz: “Mujer, ahí tienes a tu hijo”, “Ahí tienes a tu madre”» (*Redemptoris Mater*, n. 24).

La encíclica misionera (*Redemptoris Missio*) de Juan Pablo II ha hecho hincapié en la presencia de María en el Cenáculo, como modelo de una Iglesia que se prepara, con María, para la misión encomendada por el Señor: «Como los Apóstoles después de la Ascensión de Cristo, la Iglesia debe reunirse en el Cenáculo con “María, la madre de Jesús” (Hech 1, 14), para implorar el Espíritu y obtener fuerza y valor para cumplir el mandato misionero. También nosotros, mucho más que los Apóstoles, tenemos necesidad de ser transformados y guiados por el Espíritu. En vísperas del tercer milenio, toda la Iglesia es invitada a vivir más profundamente el misterio de Cristo, colaborando con gratitud en la obra de la salvación. Esto lo hace con María y como María, su madre y modelo: es ella, María, el ejemplo de aquel amor maternal que es necesario que estén animados todos aquellos que, en la misión apostólica de la Iglesia, cooperan a la regeneración de los hombres» (*Redemptoris Missio*, n. 92)<sup>13</sup>.

Son afirmaciones que se inspiran en el concilio: «Antes de Pentecostés... también María imploraba con sus oraciones el don del Espíritu, que en la anunciación ya la había cubierto con su sombra» (LG 59). La maternidad de la Iglesia es especialmente por medio de los sacramentos y de la predicación: «La Iglesia, contemplando su profundidad santidad e imitando su caridad (de María) y cumpliendo fielmente la voluntad del Padre, se hace también madre mediante la palabra de Dios aceptada con fidelidad, pues por la predicación y el bautismo engendra a una vida nueva e inmortal a los hijos concebidos por obra del Espíritu Santo y nacidos de Dios» (LG 64).

Se puede decir, pues, que la «nueva maternidad según el Espíritu» (*Redemptoris Mater* n. 47), propia de María, se prolonga en la naturaleza misionera de la Iglesia a partir del Cenáculo de Pentecostés. Efectivamente, «la era de la Iglesia empezó con la venida, es decir, con la bajada del Espíritu Santo sobre los Apóstoles reunidos en el cenáculo de Jerusalén junto a María, la Madre del Señor» (*Dominum et Vivificantem*, n. 25).

<sup>13</sup> Ver afirmaciones parecidas en la encíclica *Ecclesia de Eucaristía*, nn. 53, 57.

La realidad mariana y eclesial de la maternidad manifiesta que Cristo sigue presente y operante por medio los signos eclesiales (cf. Mt 28,20), asociando, al mismo tiempo, a María y a la Iglesia (cf. Jn 19,25-27). Esta misión misionera y materna es prolongación de la misma misión de Cristo bajo la acción del Espíritu Santo (cf. Jn 20,21-22).

La maternidad de la Iglesia (cf. Gal 4,26) se expresa en la acción apostólica (cf. Gal 4,19) que tiene su modelo en “la mujer” de la que nace Jesús (cf. Gal 4,4). Es la explicación que aporta Juan Pablo II en *Redemptoris Mater*: «Esta característica materna de la Iglesia ha sido expresada de modo particularmente vigoroso por el Apóstol de las gentes, cuando escribía: «Hijos míos, por quienes sufro dolores de parto, hasta ver a Cristo formado en vosotros» (Gal 4,19). En estas palabras de San Pablo está contenido un indicio interesante de la conciencia materna de la Iglesia primitiva, unida al servicio apostólico entre los hombres. Esta conciencia permitía y permite constantemente a la Iglesia ver el misterio de su vida y de su misión a ejemplo de la misma Madre del Hijo, que es el primogénito entre muchos hermanos (cf. Rom 8,29)» (n. 43).

El trasfondo bíblico del texto paulino (Gal 4,4-19) es el Isaías, cuando habla de la nueva Sión (o nueva Jerusalén), que será madre de todos los pueblos (Is 54,1; 11,12). De ahí la aplicación a la Iglesia como nueva Jerusalén, que «es libre y es nuestra madre» (Gal 4,26), y que ya se ha realizado en «la plenitud de los tiempos», cuando «Dios ha enviado a su Hijo nacido de la mujer» (Gal 4,4)<sup>14</sup>.

Este sentido materno de la misión apostólica se refiere a toda la comunidad eclesial, aunque los ministros ordenados ejercen en ella una misión especial: «La comunidad eclesial ejerce una verdadera maternidad para conducir las almas a Cristo» (*Presbyterorum Ordinis* n. 6).

Si todo fiel ha de sentirse involucrado en esta maternidad y misión eclesial, ello supone una actitud mariana que refuerza la derivación específicamente misionera: «La Iglesia aprende de ella su propia maternidad» (*Redemptoris Mater*, n. 43), ya que María «es Madre por medio de la Iglesia» (*ibídem*, n. 24).

La misión de la Iglesia es la misma de Cristo (cf. Jn 20,21), y por esto se ejerce bajo la acción del mismo Espíritu Santo que guió al Señor (cf.

<sup>14</sup> L. CERFAUX, «Le Fils né de la femme (Gal 3,24-4,9)», *Bible et Vie Chrétienne* 4 (1953-1954) 59-65; A. VANHOYE, «La Mère du Fils de Dieu selon Gal 4,4», *Marianum* 40 (1978) 237-247. El sentido de la Iglesia “Madre” aflora en la fórmula del credo en la Iglesia primitiva del norte de África. Cf. K. DELHAYE, *Ecclesia mater chez les Pères des trois premiers siècles*, Paris, Cerf 1964, p. 98 y 108.

Lc 4,18; Hech 1,8). Es misión eclesial que comunica un «nuevo nacimiento por el agua y el Espíritu» (Jn 3,5).

La Iglesia, en este proceso de mediación materna, vive en sintonía con la Madre de Jesús (cf. Hech 1,14), para poder, bajo la acción del Espíritu Santo, comunicar la palabra, celebrar la Eucaristía y construir la “comunidad” fraterna (cf. Hech 2,42-47; 4,31-34). «La maternidad de la Iglesia se lleva a cabo no sólo según el modelo y la figura de la Madre de Dios, sino también con su cooperación» (*Redemptoris Mater*, n. 44).

Con María, presente de modo activo y materno, la Iglesia participa de la «nueva maternidad en el Espíritu» (*Redemptoris Mater*, n. 47), que constituye su razón de ser y, por tanto, su misionariedad. La presencia activa y materna de María ayuda a la Iglesia a abrirse a la nueva acción del Espíritu Santo para «dar testimonio con audacia de la resurrección de nuestro Señor Jesucristo» (Hech 4,33)<sup>15</sup>.

El capítulo quinto de la exhortación apostólica *Evangelii Gaudium* (del Papa Francisco) tiene como título “evangelizadores con espíritu”. Ella es “la Madre de la evangelización” y “la Estrella de la nueva evangelización”. Es en este capítulo donde relaciona la maternidad de María con la de la Iglesia, en su conjunto y en cada fiel:

«Jesús le dijo a María: “Mujer, ahí tienes a tu hijo”. Luego le dijo al amigo amado: “Ahí tienes a tu madre” (Jn 19,26-27) ... Al pie de la cruz, en la hora suprema de la nueva creación, Cristo nos lleva a María. Él nos lleva a ella, porque no quiere que caminemos sin una madre, y el pueblo lee en esa imagen materna todos los misterios del Evangelio ... La íntima conexión entre María, la Iglesia y cada fiel, en cuanto que, de diversas maneras, engendran a Cristo, ha sido bellamente expresada por el beato Isaac de Stella: “En las Escrituras divinamente inspiradas, lo que se entiende en general de la Iglesia, virgen y madre, se entiende en particular de la Virgen María ... También se puede decir que cada alma fiel es esposa del Verbo de Dios, madre de Cristo, hija y hermana, virgen y madre fecunda ... Cristo permaneció nueve meses en el seno de María; permanecerá en el tabernáculo de la fe de la Iglesia hasta la consumación de los siglos; y en el conocimiento y en el amor del alma fiel por los siglos de los siglos” (Sermón 51)» (n. 285)<sup>16</sup>.

<sup>15</sup> Ver estudios en que relaciono la maternidad con la misión y la sacramentalidad de la Iglesia: «Maternidad de la Iglesia y misión», *Euntes Docete* 30 (1977) 5-29; «La maternidad de María y la sacramentalidad de la Iglesia», *Estudios Marianos* 26 (1965) 231-274.

<sup>16</sup> Cita de: ISAAC DE STELLA, *Sermo 51: PL* 194, 1863.1865. Es el tema que ya hemos citado más arriba, en *Marialis cultus*, n. 28.

### 3. EL CAMBIO DE PARADIGMA DE LA FUNCIÓN MISIONERA DE LA IGLESIA (CONVERSIÓN PASTORAL) INSPIRÁNDOSE EN EL PARADIGMA DE LA MEDIACIÓN MATERNA DE MARÍA

En el momento actual de Iglesia peregrina en el tiempo, se necesita «un renovado impulso», a modo de vivencia del Evangelio más que de renovación de estructuras (que también necesitan renovación):

«En el alba de este tercer milenio todos nosotros, hijos de la Iglesia, estamos llamados a caminar en la vida cristiana con un renovado impulso. Como he escrito en la Carta apostólica *Novo millennio ineunte*, no se trata de “inventar un nuevo programa. El programa ya existe. Es el de siempre, recogido por el Evangelio y la Tradición viva. Se centra, en definitiva, en Cristo mismo, al que hay que conocer, amar e imitar, para vivir en él la vida trinitaria y transformar con él la historia hasta su perfeccionamiento en la Jerusalén celeste”» (*Ecclesia de Eucharistia*, n. 60; cita textual de *Novo Millennio Inneunte*, n. 29).

Al afrontar la tarea evangelizadora, la Iglesia toma conciencia de su realidad de mediación materna, en estrecha relación con la mediación materna de María. Efectivamente, «porque en el misterio de la Iglesia que con razón también es llamada madre y virgen, la Bienaventurada Virgen María la precedió, mostrando en forma eminente y singular el modelo de la virgen y de la madre» (*Lumen Gentium*, n. 63), la Iglesia «se convierte ella misma en Madre, porque con la predicación y el bautismo engendra a una vida nueva e inmortal a los hijos, concebidos por obra del Espíritu Santo, y nacidos de Dios» (*Lumen Gentium* n. 64).

Precisamente esta relación de la Iglesia con María ayuda a descubrir el valor y eficacia salvífica de un camino humilde marcado por la cruz, que lleva siempre a una actualización del Pentecostés vivido en unión con María:

«Lo vemos en la humildad con que acepta ser como olvidada en el período de la vida pública de Jesús, sabiendo que el Hijo tiene que fundar ahora una nueva familia y que la hora de la Madre llegará solamente en el momento de la cruz, que será la verdadera hora de Jesús (cf. Jn 2, 4; 13, 1). Entonces, cuando los discípulos hayan huido, ella permanecerá al pie de la cruz (cf. Jn 19, 25-27); más tarde, en el momento de Pentecostés, serán ellos los que se agrupen en torno a ella en espera del Espíritu Santo (cf. Hech 1, 14)» (*Deus Caritas est*, n. 41).

Con esta dimensión mariana de la renovación eclesial, sería más fácil evitar extremismos (ya conocidos en la historia) y, al mismo tiempo, superar actitudes de conformismo estéril en la vida espiritual y apostólica. Por esto, indicamos unas pistas marianas de renovación en la actualidad eclesial.

### 3.1. RENOVACIÓN A LA LUZ DE LA FE

Esto comporta una serie de compromisos de renovación, a partir de una fe vivida, tomando como modelo y “*paradigma*” a la Madre de Jesús. Porque «la fe eclesial tiene su *paradigma* en el sí de María» (*Verbum Domini*, n. 29).

Todo renovación, para ser auténtica, tiene que ser a la luz y *en la perspectiva de la fe*, porque es el mismo Espíritu Santo quien ha sembrado sus luces en la historia de la Iglesia y las va ampliando para aplicarlas a situaciones nuevas: «En la Madre de Jesús, la fe ha dado su mejor fruto... En su vida, María ha realizado la peregrinación de la fe, siguiendo a su Hijo. Así, en María, el camino de fe del Antiguo Testamento es asumido en el seguimiento de Jesús y se deja transformar por él, entrando a formar parte de la mirada única del Hijo de Dios encarnado» (*Lumen Fidei*, n. 58).

La renovación eclesial, a la luz de la fe, tomando a María como modelo, supone un conocimiento de la propia realidad salvada por la misericordia de Dios, que es Padre de todos. En este sentido, «la oración de María es revolucionaria», porque «es el canto de una joven llena de fe, consciente de sus límites, pero que confía en la misericordia divina... La fe es el corazón de toda la historia de María. Su cántico nos ayuda a comprender cómo la misericordia del Señor es el motor de la historia, tanto de la persona, de cada uno de nosotros, como del conjunto de la humanidad»<sup>17</sup>.

La Iglesia es consciente de esta realidad, que se convierte en un reto permanente. La renovación de la Iglesia misionera incluye la profundiza-

---

<sup>17</sup> FRANCISCO, *Mensaje Jornada Mundial de la Juventud*, 2017. Sigue el texto del Mensaje: «En el *Magnificat* alaba a su pueblo, su historia. Esto nos enseña que ser joven no significa estar desconectado del pasado... Leyendo el *Magnificat* nos damos cuenta del conocimiento que María tenía de la Palabra de Dios. Cada versículo de este cántico tiene su paralelo en el Antiguo Testamento. La joven madre de Jesús conocía bien las oraciones de su pueblo. Seguramente se las habían enseñado sus padres y sus abuelos... María recoge el patrimonio de fe de su pueblo y compone con él un canto totalmente suyo y que es también el canto de toda la Iglesia. La Iglesia entera lo canta con ella. Para que también vosotros, jóvenes, podáis cantar un *Magnificat* totalmente vuestro y hacer de vuestra vida un don para toda la humanidad, es fundamental que conectéis con la tradición histórica y la oración de aquellos que os han precedido».

ción en su relación con María, porque «Ella es la Madre de la Iglesia evangelizadora» (*Evangelii Gaudium*, n. 284).

Las instancias pastorales (misioneras) que derivan de la relación de la Iglesia con María (según el magisterio postconciliar), son una llamada a la renovación en la predicación (escucha y anuncio de la Palabra), en la celebración litúrgica (especialmente en el Eucaristía) y en la dedicación a los diversos campos de caridad (especialmente pobres y enfermos). Pero todos estos aspectos y sectores de la evangelización, suponen en la Iglesia una actitud relacional (con Dios, con los hermanos y con la creación entera), aprendida de María.

El estudio de la teología mariana (y la vivencia de la fe) deben suscitar un cambio profundo en personas y comunidades eclesiales. Toda la acción evangelizadora de la Iglesia tiene dimensión mariana, como hemos visto en el capítulo 2. Tomando como punto de referencia la sintonía (empatía) de oración en el Cenáculo, “con la Madre de Jesús” (Hech 1,14), la Iglesia se hace fiel a la acción del Espíritu Santo, sin el cual no sería posible «anunciar la Palabra con audacia» (Hech 4,31).

Juan Pablo II pedía «renovación evangélica de la vida cristiana» (*Christifideles Laici*, n. 16). Y en su encíclica misionera (*Redemptoris Missio*) instaba a «la renovación de la fe y de la vida cristiana» (n. 2), «una continua renovación» (n. 51), «una continua renovación espiritual y apostólica» (n. 73), con vistas a la misión que es de «nueva evangelización» (n. 30, 33-34, 37). El Papa vislumbraba «una gran primavera» (n. 85), a modo de «amanecer de una nueva época misionera» (n. 92). Pero indicaba el itinerario mariano, es decir, si se actualiza la actitud de la Iglesia en el cenáculo Pentecostés; por esto confiaba este objetivo a la *mediación de María*. Después de describir la convivencia de los Apóstoles con María en el Cenáculo (que ya hemos citado más arriba), añade:

«Por esto, “la Iglesia, confortada por la presencia de Cristo, camina en el tiempo hacia la consumación de los siglos y va al encuentro del Señor que llega. Pero en este camino ... procede recorriendo de nuevo el itinerario realizado por la Virgen María”. A la “*mediación de María*, orientada plenamente hacia Cristo y encaminada a la revelación de su poder salvífico”, confío la Iglesia y, en particular, aquellos que se dedican a cumplir el mandato misionero en el mundo de hoy» (*Redemptoris Missio*, n. 91)<sup>18</sup>.

<sup>18</sup> Las citas marianas, en comillas, son de *Redemptoris Mater*, nn. 2 y 22.

Los retos o desafíos de la evangelización actual requieren una concientización de la “mediación materna” de María y de la Iglesia, con vistas a encontrar la respuesta evangelizadora adecuada, especialmente por la conversión personal del apóstol y el cambio de paradigmas en las estructuras de servicios (kerigmáticos, litúrgicos y diaconales). Esta renovación incluye la vivencia de la realidad mariana como relación personal y comunitaria de la Iglesia con María.

### 3.2. UNA RENOVACIÓN AUTÉNTICAMENTE MISIONERA

Las directrices marianas del magisterio postconciliar apuntan a una renovación de la Iglesia misionera. Son desafíos evangelizadores que se presentan en perspectiva mariana. Las estructuras visibles de la Iglesia sólo merecen el título de renovación si ayudan a la Iglesia a ser lo que es, «sacramento universal de salvación», a modo de maternidad ministerial que se inspira en la mediación materna de María, como hemos visto en el cap.1<sup>19</sup>.

La renovación auspiciada por el concilio Vaticano II no siempre se realizó en el inmediato postconcilio por un proceso de autenticidad, que es de fidelidad a las gracias ya recibidas y de generosidad a las nuevas gracias. Pablo VI, en la exhortación apostólica *Evangelii Nuntiandi* (1975). El mundo de hoy pide el testimonio de evangelizadores que manifiesten una experiencia nueva de Dios concretada en la “alegría” evangélica de haber encontrado a Cristo:

«El mundo exige a los evangelizadores que le hablen de un Dios a quien ellos mismo conocen y tratan familiarmente, como si estuvieran viendo al Invisible» (*Evangelii Nuntiandi*, n. 76)

«El mundo actual... pueda así recibir la Buena Nueva, no a través de evangelizadores tristes y desalentados, impacientes o ansiosos, sino a través de ministros del Evangelio, cuya vida irradia el fervor de quienes han recibido, ante todo en sí mismos, la alegría de Cristo y aceptan consagrar su vida a la tarea de anunciar el reino de Dios y de implantar la Iglesia en el mundo» (*ibid.*, n. 80).

<sup>19</sup> Como ya hemos indicado, citamos especialmente los documentos postconciliares: *Marialis cultus*, *Evangelii Nuntiandi*, *Redemptoris Mater*, *Redemptoris Missio*, *Ecclesia de Eucharistia*, *Sacramentum Caritatis*, *Deus Caritas est*, *Spe Salvi*, *Verbum Domini*, *Lumen Fidei*, *Evangelii Gaudium*, *Misericordiae Vultus*, *Familiaris Laetitia*, *Laudato Si*.



Pues bien, esta autenticidad de la renovación misionera se hace posible con las nuevas gracias del Espíritu Santo, imploradas orando con María: «En la mañana de Pentecostés, ella (María) presidió con su oración el comienzo de la evangelización bajo el influjo del Espíritu Santo. Sea ella la estrella de la evangelización siempre renovada que la Iglesia, dócil al mandato del Señor, debe promover y realizar, sobre todo en estos tiempos difíciles y llenos de esperanza» (ibid.,n. 82).

Esta referencia a María, delineada de nuevo por Pablo VI (año 1975), corresponde al deseo de renovación manifestado ya antes del concilio por Juan XXIII (cuando auguraba que el concilio fuera un “nuevo Pentecostés”, homilía 17 mayo 1959). El concilio nos dio una exposición sucinta y llena de contenido:

«Vemos a los Apóstoles antes del día de Pentecostés «perseverar unánimemente en la oración con las mujeres, y María la Madre de Jesús y los hermanos de éste» (Hech 1,14); y a María implorando con sus ruegos el don del Espíritu Santo, quien ya la había cubierto con su sombra en la Anunciación» (LG 59).

«Fue en Pentecostés cuando empezaron «los hechos de los Apóstoles», como había sido concebido Cristo al venir al Espíritu Santo sobre la Virgen María, y Cristo había sido impulsado a la obra de su ministerio, bajando el mismo Espíritu Santo sobre El mientras oraba» (AG 4; cf. LG 24)<sup>20</sup>.

Es la renovación que pide el Papa Francisco (año 2013), como actitud de fidelidad al Espíritu Santo siguiendo el modelo de María:

«A la Madre del Evangelio viviente le pedimos que interceda para que esta invitación a una nueva etapa evangelizadora sea acogida por toda la comunidad eclesial ... Ella se dejó conducir por el Espíritu, en un itinerario de fe, hacia un destino de servicio y fecundidad. Nosotros hoy fijamos en ella la mirada, para que nos ayude a anunciar a todos el mensaje de salvación, y para que los nuevos discípulos se conviertan en agentes evangelizadores» (*Evangelii Gaudium*, n. 287).

<sup>20</sup> Estudio la relación entre María y la Iglesia, en su dimensión misionera: *María y la Iglesia, madre y evangelizadora de los pueblos*: Virgo Liber Verbi (Roma, Marianum 1991) 425-443; «María en la Evangelización», en *Seguir a Cristo en la misión. Manual de misionología* (Estella, Edit. Verbo Divino, 1998) 129-134; «Espiritualidad mariana y misionera de la Iglesia», en *Misionología, evangelizar en un mundo global* (Madrid, BAC, 2008) 492-503.

A esta renovación misionera se la califica de “estilo mariano”, a modo de cambio (en cierto modo “revolucionario”) que se basa en la fe (criterios evangélicos), en la esperanza concretada en gozo evangélico y en la caridad como expresión de la ternura materna de Dios reflejada en María:

«Hay un estilo mariano en la actividad evangelizadora de la Iglesia. Porque cada vez que miramos a María volvemos a creer en lo revolucionario de la ternura y del cariño ... Le rogamos que con su oración maternal nos ayude para que la Iglesia llegue a ser una casa para muchos, una madre para todos los pueblos, y haga posible el nacimiento de un mundo nuevo ... Con María avanzamos confiados hacia esta promesa, y le decimos: Virgen y Madre María ... Estrella de la nueva evangelización ... que la alegría del Evangelio llegue hasta los confines de la tierra y ninguna periferia se prive de su luz. Madre del Evangelio viviente, manantial de alegría para los pequeños, ruega por nosotros» (*Evangelii Gaudium*, n. 288).

Esta renovación equivale a la vivencia del Evangelio, a modo de «espiritualidad» como vida según el Espíritu (cf. Gal 5,25). Es la «espiritualidad misionera» que pedía el concilio (AG 29), como espiritualidad propia de la Iglesia evangelizadora: dócil al Espíritu Santo como María (cf. Lc 1,35.38-45), para participar en su maternidad (cf. Jn 19,25-27; cf. 16,21-23), fruto de haber recibido a Cristo en su seno y en su corazón (cf. Lc 2,19.51; 8,21).

#### 3.4. POR UN PROCESO PERMANENTE DE DISCERNIMIENTO

La renovación misionera de la Iglesia es un proceso de discernimiento y de fidelidad respecto a la acción del Espíritu Santo. Es la actitud que hace auténtica y fecunda la mediación materna de María y de la Iglesia.

Se puede observar en todo el decurso de la historia de la Iglesia, que una profundización en su actitud mariana ha dado como resultado simultáneo una mayor capacidad de discernimiento y de fidelidad para responder a las nuevas situaciones que se han planteado.

En nuestra época concreta, que podemos circunscribir en el concilio Vaticano II y en su inmediato postconcilio hasta hoy, las llamadas a la renovación eclesial van acompañadas con una invitación a vivir en el Cenáculo con María, para recibir las nuevas gracias del Espíritu Santo<sup>21</sup>.

<sup>21</sup> Los hemos recordado en los capítulos anteriores, citando documentos que hacen a alusión a los textos conciliares de LG 24 y 59; AG 4.

No se trata tanto de discernir cuáles son las nuevas estructuras que hay que construir, sino especialmente de las actitudes de la persona (su corazón) y de la comunidad, especialmente respecto a criterios, motivaciones, preferencias, etc.

Se puede afirmar que esta actitud de discernimiento y de fidelidad, por parte de la Iglesia, es una actitud típicamente mariana. La renovación que el Espíritu Santo pide a la Iglesia de todos los tiempos es parte integrante de su peregrinar histórico: «Oiga la Iglesia que le dice el Espíritu» (Ap 2,7.11.17.29; 3,6.13.22).

Es la actitud que se necesita para sintonizar con la actualización de Pentecostés. Se trata del «paso del Espíritu Santo por su Iglesia» (*Sacrosantum Concilium*, n. 43). El Papa Juan II, al convocar el concilio Vaticano II y en la oración para pedir el éxito del mismo, indica esta realidad de gracia: «Renueva en nuestra época los prodigios de un nuevo Pentecostés»<sup>22</sup>.

Es la renovación que el Espíritu Santo pide a la Iglesia de todos los tiempos. Efectivamente, el Espíritu Santo «guía la Iglesia a toda la verdad... la unifica en comunión y ministerio... Con la fuerza del evangelio rejuvenece a la Iglesia, la renueva incesantemente y la conduce a la unión consumada con su Esposo» (LG 4).

La Iglesia se hace “evangelizadora” por un proceso de maternidad en relación con la maternidad de María. Esta realidad supone un proceso permanente de oración y discernimiento que se traduce en fidelidad: «Con el Espíritu Santo, en medio del pueblo siempre está María. Ella reunía a los discípulos para invocarlo (Hech 1,14), y así hizo posible la explosión misionera que se produjo en Pentecostés. Ella es la Madre de la Iglesia evangelizadora y sin ella no terminamos de comprender el espíritu de la nueva evangelización» (*Evangelii Gaudium*, n. 284).

### 3.5. COMO FIDELIDAD A LA PALABRA CONTEMPLADA PARA ANUNCIARLA

La relación entre la mediación materna de María y de la Iglesia se traduce, para la Iglesia, por una actitud de fidelidad a la Palabra, en el sentido de dejarla entrar en el corazón para anunciarla. La Palabra del Padre, pronunciada en el amor del Espíritu Santo, necesita corazones abiertos como el de María. Ella llega a ser madre de la Palabra, por haberla recibido antes en su corazón que en su seno. La Iglesia, al orar en sintonía con el Magnífica de María, se siente identificada con ella:

<sup>22</sup> Oración por el concilio: AAS 51 (1959) 382; Const. Apostólica *Humanae salutis*: AAS 54 (1962) 5-13.

«El Magníficat –un retrato de su alma, por decirlo así– está completamente tejido por los hilos tomados de la Sagrada Escritura, de la Palabra de Dios. Así se pone de relieve que la Palabra de Dios es verdaderamente su propia casa, de la cual sale y entra con toda naturalidad. Habla y piensa con la Palabra de Dios; la Palabra de Dios se convierte en palabra suya, y su palabra nace de la Palabra de Dios. Así se pone de manifiesto, además, que sus pensamientos están en sintonía con el pensamiento de Dios, que su querer es un querer con Dios. Al estar íntimamente penetrada por la Palabra de Dios, puede convertirse en madre de la Palabra encarnada» (*Deus Caritas est*, n. 41).

La actitud de acoger la Palabra se convierte en fecundidad de mediación materna. Se recibe la Palabra para comunicarla a todos:

«María es dichosa porque tiene fe, porque ha creído, y en esta fe ha acogido en el propio seno al Verbo de Dios para entregarlo al mundo. La alegría que recibe de la Palabra se puede extender ahora a todos los que, en la fe, se dejan transformar por la Palabra de Dios» (*Verbum Domini*, n. 124).

María es, pues, «la figura de la Iglesia en la escucha a la Palabra de Dios». Es una escucha que hace efectiva en la propia vida y en la misión:

«Es necesario mirar allí donde la reciprocidad entre Palabra de Dios y fe se ha cumplido plenamente, o sea, en María Virgen, que con su sí a la Palabra de la Alianza y a su misión, cumple perfectamente la vocación divina de la humanidad... Ella es la figura de la Iglesia a la escucha de la Palabra de Dios, que en ella se hace carne. María es también símbolo de la apertura a Dios y a los demás; escucha activa, que interioriza, asimila, y en la que la Palabra se convierte en forma de vida» (*Verbum Domini*, n. 27; ver también nn. 12, 15, 19, 29, 87-88, 124).

La contemplación cristiana, si es auténtica, convierte a la personas y a las comunidades en expresiones de un amor que, por el hecho de enfocarse primeramente hacia Dios, llegan a comprometerse mejor en el amor a los hermanos. Así son las “escuelas de oración”:

«Nuestras comunidades cristianas tienen que llegar a ser auténticas «escuelas de oración»... Una oración intensa, pues, que sin embargo no aparta del compromiso en la historia: abriendo el corazón al amor de Dios, lo

abre también al amor de los hermanos, y nos hace capaces de construir la historia según el designio de Dios» (*Novo Millennio ineunte*, n. 33).

Esta realidad de relación y dependencia respecto a María, se concreta en pedir su intercesión para un cambio de vida que se concrete en “salida” hacia la fraternidad y el servicio a los demás:

«¡Madre, ayuda nuestra fe! Abre nuestro oído a la Palabra, para que reconozcamos la voz de Dios y su llamada. Aviva en nosotros el deseo de seguir sus pasos, saliendo de nuestra tierra y confiando en su promesa. Ayúdanos a dejarnos tocar por su amor, para que podamos tocarlo en la fe... Siembra en nuestra fe la alegría del Resucitado» (*Lumen Fidei*, n. 60).

### 3.6. CON UNA ACTITUD “RELACIONAL” EUCARÍSTICA

La actitud de fe, concretada en discernimiento y en contemplación de la Palabra, como garantía de misión evangelizadora, es una *actitud de relación* personal y comunitaria con Cristo, presente en su Iglesia y en el mundo. Su presencia, por medio de los signos eclesiales, se concreta especialmente en la Eucaristía, que es presencia real, sacrificio redentor y comunión de vida.

No se trata sólo de una celebración, sino especialmente de una actualización (presencialización) de la oblación de Cristo, presente ya en la Iglesia en el mundo como resucitado. Su presencia se hace efectiva por su Palabra (contemplada, anunciada), por su Eucaristía y por asumir en sí mismo la vida de cada hermano, especialmente el más necesitado.

Al celebrar la Eucaristía, la Iglesia se siente acompañada de María, no sólo para recibir la Palabra en el corazón, sino especialmente para hacerse como ella y con Cristo, pan partido para los demás. Es entonces cuando se realiza de modo especial que «la Iglesia, meditando piadosamente sobre ella (María) y contemplándola a la luz del Verbo hecho hombre, llena de reverencia, entra más a fondo en el soberano misterio de la encarnación» (LG 65). «María nos enseña a vivir en una actitud eucarística, esto es, a dar gracias, a cultivar la alabanza y a no quedarnos sólo anclados en los problemas y las dificultades»<sup>23</sup>.

La celebración eucarística, cuando se vive en relación con María y con su acompañamiento, se convierte para la Iglesia en compromiso de configuración con Cristo. Al tomar a María como punto de referencia de su

<sup>23</sup> PAPA FRANCISCO, *Mensaje Jornada Mundial de la Juventud* (27 febrero, 2017).

mediación materna, por ello mismo está llamada a relacionarse como ella con Cristo inmolado y pan de vida:

«La relación de María con la Eucaristía se puede delinear indirectamente a partir de su actitud interior. María es mujer “eucarística” con toda su vida. La Iglesia, tomando a María como modelo, ha de imitarla también en su relación con este santísimo Misterio» (*Ecclesia de Eucharistia*, n. 53).

La “solicitud materna” de María se prolonga en la Iglesia, cuando esta celebra la Eucaristía, con vistas a que los creyentes participen en la misma vida de Cristo:

«Repetir el gesto de Cristo en la Última Cena, en cumplimiento de su mandato: “¡Haced esto en conmemoración mía!”, se convierte al mismo tiempo en aceptación de la invitación de María a obedecerle sin titubeos: “Haced lo que él os diga” (Jn 2, 5). Con la solicitud materna que muestra en las bodas de Caná, María parece decirnos: “no dudéis, fiaros de la Palabra de mi Hijo. Él, que fue capaz de transformar el agua en vino, es igualmente capaz de hacer del pan y del vino su cuerpo y su sangre, entregando a los creyentes en este misterio la memoria viva de su Pascua, para hacerse así ‘pan de vida’”» (*ibid.*, n. 54).

Cuando la comunidad eclesial responde con el “amén” al celebrar y recibir la Eucaristía, se prolonga en la Iglesia el “fiat” de María pronunciado en la Encarnación:

«La Eucaristía, mientras remite a la pasión y la resurrección, está al mismo tiempo en continuidad con la Encarnación. María concibió en la anunciación al Hijo divino, incluso en la realidad física de su cuerpo y su sangre, anticipando en sí lo que en cierta medida se realiza sacramentalmente en todo creyente que recibe, en las especies del pan y del vino, el cuerpo y la sangre del Señor. Hay, pues, una analogía profunda entre el fiat pronunciado por María a las palabras del Ángel y el amén que cada fiel pronuncia cuando recibe el cuerpo del Señor... María ha anticipado también en el misterio de la Encarnación la fe eucarística de la Iglesia» (*ibid.*, n. 55)<sup>24</sup>.

<sup>24</sup> La encíclica eucarística describe la actitud sacrificial permanente de María, que luego la vivía en la celebración eclesial: «María, con toda su vida junto a Cristo y no solamente en el Calvario, hizo suya la dimensión sacrificial de la Eucaristía... ¿Cómo imaginar los sentimientos de María al escuchar de la boca de Pedro, Juan, Santiago y los otros Apóstoles,

María y la Iglesia, precisamente por el misterio eucarístico, se sienten unidas. Es la maternidad de María que se prolonga en la maternidad de la Iglesia. La presencia activa y materna de María está relacionada con la realidad del misterio eucarístico:

«Vivir en la Eucaristía el memorial de la muerte de Cristo implica también recibir continuamente este don. Significa tomar con nosotros —a ejemplo de Juan— a quien una vez nos fue entregada como Madre. Significa asumir, al mismo tiempo, el compromiso de conformarnos a Cristo, aprendiendo de su Madre y dejándonos acompañar por ella. María está presente con la Iglesia, y como Madre de la Iglesia, en todas nuestras celebraciones eucarísticas. Así como Iglesia y Eucaristía son un binomio inseparable, lo mismo se puede decir del binomio María y Eucaristía. Por eso, el recuerdo de María en el celebración eucarística es unánime, ya desde la antigüedad, en las Iglesias de Oriente y Occidente» (*ibid.*, n. 57).

La Iglesia, pues, se une no solamente a la realidad de María, sino que vive en sintonía con su actitud o “espíritu”. Los sentimientos expresados por María en el Magnificat se convierten en un punto de referencia para la actitud eclesial eucarística:

«En la Eucaristía, la Iglesia se une plenamente a Cristo y a su sacrificio, haciendo suyo el espíritu de María. Es una verdad que se puede profundizar relejendo el Magnificat en perspectiva eucarística... Puesto que el Magnificat expresa la espiritualidad de María, nada nos ayuda a vivir mejor el Misterio eucarístico que esta espiritualidad. ¡La Eucaristía se nos ha dado para que nuestra vida sea, como la de María, toda ella un magnificat!» (*ibid.*, n. 58).

La renovación pastoral y espiritual de la Iglesia se inspira en la Eucaristía, celebrada y vivida con María e imitando sus actitudes de sintonía y oblación:

«La realización de este programa de un nuevo vigor de la vida cristiana pasa por la Eucaristía. Todo compromiso de santidad, toda acción orientada a realizar la misión de la Iglesia, toda puesta en práctica de planes pastorales, ha de sacar del Misterio eucarístico la fuerza necesaria y se ha

---

las palabras de la Última Cena: “Éste es mi cuerpo que es entregado por vosotros” (Lc 22, 19)?» (*ibid.*, n. 56)

de ordenar a él como a su culmen. En la Eucaristía tenemos a Jesús, tenemos su sacrificio redentor, tenemos su resurrección, tenemos el don del Espíritu Santo, tenemos la adoración, la obediencia y el amor al Padre. Si descuidáramos la Eucaristía, ¿cómo podríamos remediar nuestra indigencia?» (*ibid.*, n. 60).

La renovación eclesial, en esta dimensión eucarística, con el modelo y ayuda de María, abarca no sólo el aspecto sacrificial, sino también el del coloquio o relación personal y el de la adoración).

«El Misterio eucarístico –sacrificio, presencia, banquete– no consiente reducciones ni instrumentalizaciones; debe ser vivido en su integridad, sea durante la celebración, sea en el íntimo coloquio con Jesús apenas recibido en la comunión, sea durante la adoración eucarística fuera de la Misa... No hay peligro de exagerar en la consideración de este Misterio, porque “en este Sacramento se resume todo el misterio de nuestra salvación”» (*ibid.*, n. 61)<sup>25</sup>.

La referencia de la Iglesia a María hace más patente toda la realidad del misterio eucarístico de Cristo. La renovación es posible porque la historia está marcada por el sacrificio redentor de Cristo, presente en la Eucaristía y que tiene a la transformación de toda la creación en una nueva creación:

«Pongámonos, sobre todo, a la escucha de María Santísima, en quien el Misterio eucarístico se muestra, más que en ningún otro, como misterio de luz. Mirándola a ella conocemos la fuerza transformadora que tiene la Eucaristía. En ella vemos el mundo renovado por el amor. Al contemplarla asunta al cielo en alma y cuerpo vemos un resquicio del “cielo nuevo” y de la “tierra nueva” que se abrirán ante nuestros ojos con la segunda venida de Cristo...» (*ibid.*, n. 62).

### 3.7. RENOVACIÓN DE APERTURA HACIA LOS CAMPOS DE LA CARIDAD

Precisamente por su mediación materna, imitada de María, la Iglesia se siente impelida a ejercer esta maternidad como “urgencia” al estilo de Pablo (cf. 2Cor 5,14), quien vive con «dolores de parto» (Gal 4,19). En Pa-

<sup>25</sup> Cita de SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, III, q. 83, a. 4 c.



blo es clara la referencia a la Madre de Jesús, como modelo de maternidad eclesial (cf. Gal 4,4-7)<sup>26</sup>.

Esta realidad eclesial, si no fuera efectiva en los diversos campos de caridad y apostolado, desvirtuaría su dimensión materna y mariana.

Cuando el Papa Francisco describe los detalles del amor materno de María, lo hace para invitar a la Iglesia a seguir el mismo camino:

«María es la que sabe transformar una cueva de animales en la casa de Jesús, con unos pobres pañales y una montaña de ternura ... Ella es la del corazón abierto por la espada, que comprende todas las penas. Como madre de todos, es signo de esperanza para los pueblos que sufren dolores de parto hasta que brote la justicia. Ella es la misionera que se acerca a nosotros para acompañarnos por la vida, abriendo los corazones a la fe con su cariño materno. Como una verdadera madre, ella camina con nosotros, lucha con nosotros, y derrama incesantemente la cercanía del amor de Dios» (*Evangelii Gaudium*, n. 286).

Este cuidado materno de María y de la Iglesia, llega a las necesidades más concretas de la sociedad actual. La maternidad que María ejerció sobre Jesús durante su vida mortal, es una prefiguración de lo que ella ahora vive en la Iglesia y en el mundo:

«María, la madre que cuidó a Jesús, ahora cuida con afecto y dolor materno este mundo herido. Así como lloró con el corazón traspasado la muerte de Jesús, ahora se compadece del sufrimiento de los pobres crucificados y de las criaturas de este mundo arrasadas por el poder humano. Ella vive con Jesús completamente transfigurada, y todas las criaturas cantan su belleza. Es la Mujer “vestida de sol, con la luna bajo sus pies, y una corona de doce estrellas sobre su cabeza” (Ap 12,1). Elevada al cielo, es Madre y Reina de todo lo creado. En su cuerpo glorificado, junto con Cristo resucitado, parte de la creación alcanzó toda la plenitud de su hermosura. Ella no sólo guarda en su corazón toda la vida de Jesús, que “conservaba” cuidadosamente (cf Lc 2,19.51), sino que también comprende ahora el sentido de todas las cosas. Por eso podemos pedirle que nos ayude a mirar este mundo con ojos más sabios» (*Laudato si*, n. 241).

---

<sup>26</sup> Ver el texto paulino explicado en dimensión mariana por Juan Pablo II en *Redemptoris Mater*, n. 43 (que hemos citado más arriba).

Es una mediación materna que se realiza como amor de misericordia, que refleja la ternura de Dios. Esa la pauta trazada para la Iglesia:

«... la *Madre de la Misericordia*. La dulzura de su mirada nos acompañe en este Año Santo, para que todos podamos redescubrir la alegría de la ternura de Dios» (*Misericordiae Vultus*, n. 24)

“Ninguno como María ha conocido la profundidad el misterio de Dios hecho hombre. Todo en su vida fue plasmado por la presencia de la misericordia hecha carne. La Madre del Crucificado Resucitado entró en el santuario de la misericordia divina porque participó íntimamente en el misterio de su amor» (*ibid.*, n. 24).

«María atestigua que la misericordia del Hijo de Dios no conoce límites y alcanza a todos sin excluir ninguno. Dirijamos a ella la antigua y siempre nueva oración del Salve Regina, para que nunca se canse de volver a nosotros sus ojos misericordiosos y nos haga dignos de contemplar el rostro de la misericordia, su Hijo Jesús» (*ibid.*, n. 24).

En la actualidad, un campo preferencial de la acción caritativa lo constituye la familia, que afronta grandes desafíos sobre su naturaleza. Con María, la familia sabe caminar con acierto y en dimensión de fe, esperanza y caridad:

«Como María, (las familias) son exhortadas a vivir con coraje y serenidad sus desafíos familiares, tristes y entusiasmantes, y a custodiar y meditar en el corazón las maravillas de Dios (cf. Lc 2,19.51). En el tesoro del corazón de María están también todos los acontecimientos de cada una de nuestras familias, que ella conserva cuidadosamente. Por eso puede ayudarnos a interpretarlos para reconocer en la historia familiar el mensaje de Dios» (*Amoris Laetitia*, n. 30).

Hay un aspecto de este campo de caridad eclesial que tiene relación estrecha con María. Se trata de la piedad mariana, especialmente popular.

«Es allí, en los santuarios, donde puede percibirse cómo María reúne a su alrededor a los hijos que peregrinan con mucho esfuerzo para mirarla y dejarse mirar por ella. Allí encuentran la fuerza de Dios para sobrellevar los sufrimientos y cansancios de la vida. Como a san Juan Diego, María les da la caricia de su consuelo maternal y les dice al oído: “No se tur-

be tu corazón ... ¿No estoy yo aquí, que soy tu Madre?»» (*Evangelii Gaudium*, n. 286).

La piedad popular, especialmente mariana, indica la posibilidad de adaptarse a cada cultura y a cada pueblo, según «las condiciones de tiempos y lugares, el temperamento y manera de ser de los fieles» (LG 66). Se trata de ayudar a vivir «en el pueblo expresiones particulares de búsqueda de Dios y de la fe... La religiosidad popular, cuando está bien orientada, sobre todo mediante una pedagogía de evangelización, contiene muchos valores... Bien orientada, esta religiosidad popular puede ser cada vez más, para *nuestras masas populares, un verdadero encuentro con Dios en Jesucristo*» (*Evangelii Nuntiandi*, n. 48).

### 3.8. RENOVACIÓN ECLESIAL A PARTIR DE UNA MARIOLOGÍA MÁS VIVENCIAL Y RELACIONAL

El estudio de los temas mariológicos debería ser una fuente de renovación para la Iglesia, también en todos los aspectos que acabamos de indicar. Pero, de hecho, hoy se pueden constatar algunas situaciones algo negativas en comunidades cristianas que, al mismo tiempo, afirman enseñar y practicar el tema mariano: falta de unión entre cristianos (e incluso entre católicos), falta de disponibilidad misionera, retrasos en la renovación personal, comunitaria y estructural...

Parece que si la mariología fuera más vivencial y “relacional”, tendría que concretarse en compromisos concretos para lograr esta renovación que el Espíritu Santo pide a la Iglesia en nuestros tiempos.

Quizá el retraso (o “impasse”) en estos diversos aspectos de renovación es debido a que todo lo hacemos depender de un proyecto idealizado o de unas estructuras planeadas teóricamente, sin poner en corazón y el compromiso personal y comunitaria.

Si podría decir que, en estas situaciones, falta el sentido de maternidad eclesial, al estilo de Pablo, cuando refiriéndose a “la mujer” de quien nace el Hijo “en la plenitud de los tiempos”, el apóstol se siente urgido (a modo de “dolores de parto”) para propagar la filiación adoptiva que Dios ha concedido a la humanidad.

Mi reflexión en este campo consiste en invitar al estudio de la mariología (y de los demás tratados teológicos) en una perspectiva más vivencial y relacional, de suerte que quien se adentre en la reflexión teológica se

sienta invitado con urgencia a una puesta en práctica a partir de criterios, motivaciones y actitudes verdaderamente cristianas<sup>27</sup>.

De hecho, el concilio Vaticano II había invitado a elaborar los estudios teológicos (especialmente teniendo en cuenta la preparación para el sacerdocio ministerial), en torno al Misterio de Cristo: «En la revisión de los estudios eclesiásticos hay que atender, sobre todo, a coordinar adecuadamente las disciplinas filosóficas y teológicas, y que juntas tiendan a descubrir más y más en las mentes de los alumnos *el misterio de Cristo*, que afecta a toda la historia del género humano, influye constantemente en la Iglesia y actúa, sobre todo, mediante el ministerio sacerdotal» (*Optatam totius*, n. 14).

Estar referencia cristológica remite a la constitución *Gaudium et Spes*: «El misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado... Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación. Nada extraño, pues, que todas las verdades hasta aquí expuestas encuentren en Cristo su fuente y su corona... El Hijo de Dios con su encarnación se ha unido, en cierto modo, con todo hombre» (n. 22).

En el mismo numeral de *Gaudium et Spes*, se explicita la actitud relacional del creyente (o del estudioso), según el modelo paulino: «En El Dios nos reconcilió consigo y con nosotros y nos liberó de la esclavitud del diablo y del pecado, por lo que cualquiera de nosotros puede decir con el Apóstol: El Hijo de Dios *me amó y se entregó a sí mismo por mí* (Gal 2,20)». En realidad, los temas de la constitución conciliar se centran en el Misterio de Cristo, Verbo Encarnado y Redentor, como puede constatarse en el final de cada capítulo de la primera parte: «Cristo el hombre nuevo» (GS 22), «el Verbo encarnado y la solidaridad humana» (GS 32), «perfección de la actividad humana en el misterio pascual» (GS 38), «tierra nueva y cielo nuevo» (GS 39).

La referencia a María, en el documento conciliar, resume la actitud “relacional” y vivencial de Cristo, como modelo de la actitud del creyente:

<sup>27</sup> Intenté ya presentar esta perspectiva más vivencial de la mariología, al estudiar el magisterio conciliar y posconciliar del Vaticano II, cuando se presenta la figura de María (con sus títulos o gracias recibidas) en sentido vivencial: «Vivencia de los textos evangélicos sobre el Misterio de Cristo desde el Corazón de la Madre de Jesús: El Misterio de María, lugar del encuentro teológico», *Estudios Marianos* 82 (2016) 317-357. También en «Madre que acoge y sale al encuentro», en (ed. A. ARANDA) *María, camino de retorno. Nueva evangelización y piedad mariana* (Pamplona, Eunsa, 2012) 237-247. Indico que éste es el significado de la espiritualidad mariana: «Espiritualidad mariana, percepción, incidencia y perspectivas posconciliares», *Estudios Marianos* 79 (2013) 155-178. Se podría dar un paso más, como indico a continuación.

«El Hijo de Dios con su encarnación se ha unido, en cierto modo, con todo hombre. Trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre. Nacido de la Virgen María, se hizo verdaderamente uno de los nuestros, semejantes en todo a nosotros, excepto en el pecado» (GS 22)

Esta actitud relacional y vivencial, imitada de Cristo nacido de María, es un actitud “pneumatológica”, puesto que es vida en el Espíritu, según la enseñanza paulina citada también en este texto conciliar: «El hombre cristiano, conformado con la imagen del Hijo, que es el Primogénito entre muchos hermanos, recibe las primicias del Espíritu (Rom 8,23), las cuales le capacitan para cumplir la ley nueva del amor. Por medio de este Espíritu, que es prenda de la herencia (Eph 1,14), se restaura internamente todo el hombre hasta que llegue la redención del cuerpo (Rom 8,23). Si el Espíritu de Aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, el que resucitó a Cristo Jesús de entre los muertos dará también vida a vuestros cuerpos mortales por virtud de su Espíritu que habita en vosotros (Rom 8,11)» (GS 22).

Este “paradigma” cristológico y mariano, profundamente pneumatológico, podría servir de referencia, a través de la mariología, en los demás tratados teológicos. La urgencia de renovación, que hemos resumido en este capítulo 3 de nuestro estudio, está plasmada, como hemos visto, en los documentos conciliares y postconciliares sobre el tema mariano, como referencia para la renovación eclesial.

## A MODO DE CONCLUSIÓN

Hemos estudiado, en los *documentos conciliares y postconciliares del Vaticano II*, la relación entre la “mediación materna” de María y la de la Iglesia, especialmente en su función evangelizadora por parte de la misma Iglesia.

Al relacionar María e Iglesia en este tema de la medicación materna, la función evangelizadora de la Iglesia se siente cuestionada por un cambio de paradigma o de *conversión pastoral*, que se manifiesta en la novedad y urgencia de diversos campos de evangelización y de caridad.

El ejemplo y la presencia activa y materna de María, en su realidad de “mediación materna”, constituyen el paradigma en el que la Iglesia se puede inspirar y apoyar.

Pero esta toma de conciencia supondría, por parte de la Iglesia, *una actitud “relacional” (personal y comunitariamente)*, que convendría profundizar en los estudios teológicos y particularmente en la Mariología.

Será difícil que la Iglesia adopte un cambio de paradigma, que es una auténtica conversión espiritual y pastoral, si los estudios mariológicos (y teológicos en general) no ayudan a un cambio de mentalidad, a modo de una fe que es auténtica si se concreta en «un conocimiento de Cristo vivido personalmente» (*Veritatis Splendor*, n. 88)

Vivencia y experiencia, por ser términos psicológicos (que pueden resultar ambiguos), se han de concretar en: *criterios* o modo de pensar, *motivaciones* a modo de orientación, *actitudes* en la acción comprometida.

El reto que tiene planteado la mariología del siglo XXI, que ya llegado un grado muy elevado de perfección teológica, es el de poder ser para todos otros tratados de teología un paradigma o punto de referencia. En nuestro tratado (mariológico) es donde la Iglesia se siente tal como es, figurada en María la Madre de Jesús, cuya razón de ser (de María y de la Iglesia) consiste en recibir a Cristo, bajo la acción del Espíritu Santo, y transmitirlo al mundo. La Iglesia, con y como María, por su misma razón de ser, está plenamente “relacionada” con Cristo, para haberle recibido tal como es: Dios, hombre, Salvador. Entonces el estudio del misterio de Cristo se hace encuentro, seguimiento en comunión y misión. *La mediación de María y de la Iglesia es de naturaleza materna y misionera, concretada en una actitud cristiana vivencial y relacional*. Esta actitud relacional será fuente de renovación eclesial a modo de “conversión pastoral” (personal y comunitaria), como hemos visto en los contenidos marianos del magisterio conciliar y postconciliar.

Al relacionar la mediación materna de María con la mediación materna y ministerial de la Iglesia, hemos podido ver la derivación hacia los compromisos misioneros de la misma Iglesia, que se renueva para responder a los retos evangelizadores de la actualidad. Esto supone seguir el acento vivencial y relacional de los estudios mariológicos y teológicos en general.

Sugiero estudiar este tema de la teología relacional, haciendo de la actitud mariana de «meditar en el corazón» el misterio de Cristo (cf. Lc 2,19.51), una actitud básica e imprescindible para el estudio de los temas teológicos, como fuente de renovación eclesial (“conversión pastoral”). La presentación de la Mariología podría ser paradigmática para la renovación de los estudios teológicos. Al estudiar los temas teológicos (en su período inicial y también de formación permanente), las personas y las comunidades tendrían que quedar fuertemente invitadas a una actitud de encuentro con Cristo, que se traduce en oración y celebración, seguimiento, comunión eclesial y misión.